

# La emergencia de la identidad étnica al fin del milenio: ¿paradoja o enigma?

RICARDO FALOMIR PARKER\*

## Nuevas paradojas de la etnicidad: de la "aldea mundial" a la reivindicación de las diferencias

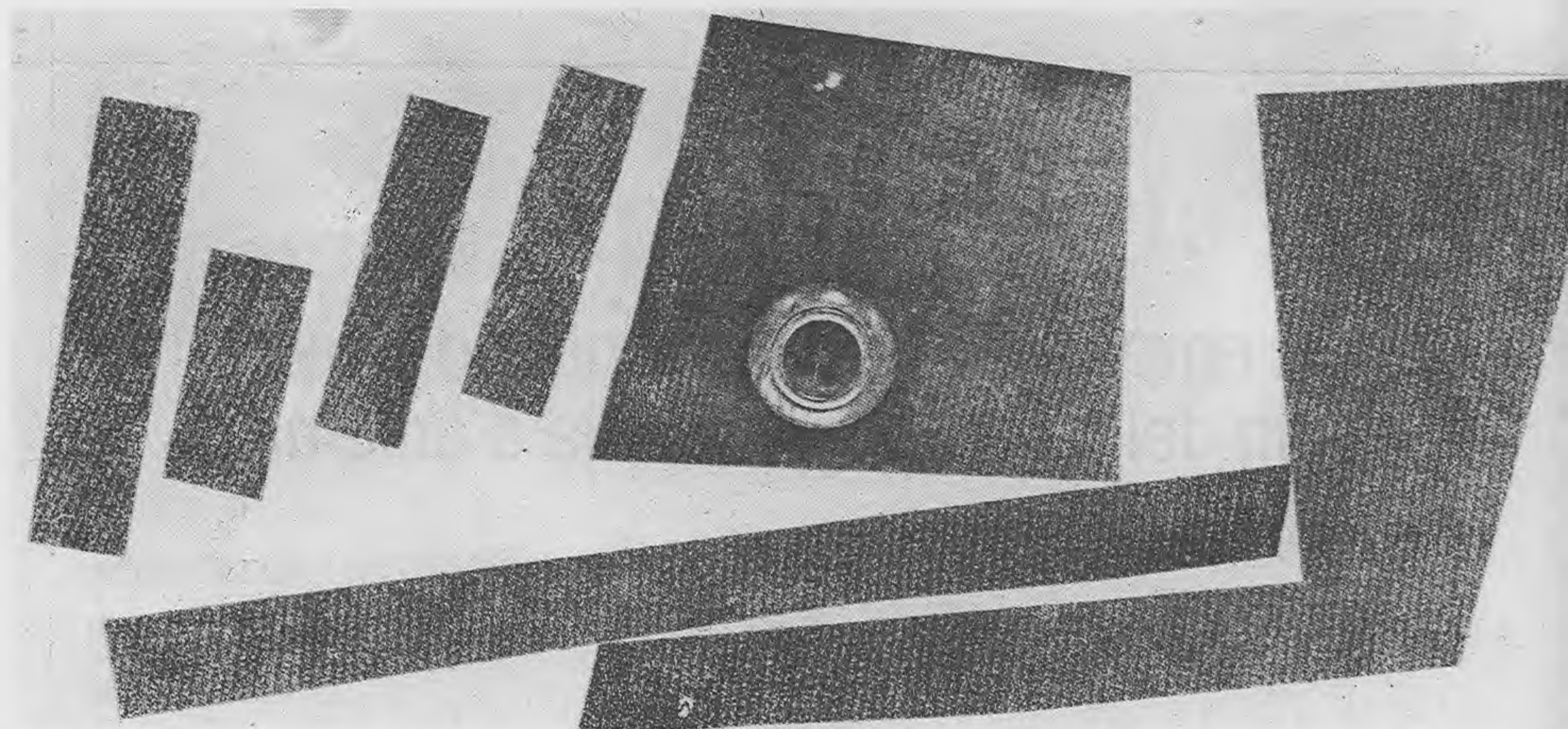
“El derrumbe de los muros” podríamos llamar al momento histórico que vivimos. Presenciamos la caída de muros de concreto, ideológicos, culturales, económicos y políticos, hechos de proporciones nunca antes sospechadas. Cualquier observador atento del escenario mundial podrá percatarse de la actualidad, fuerza y vigor con los que se expresan las tendencias que apuntan hacia la universalidad de ciertos valores. En el ámbito político: los reclamos generalizados para ampliar la democracia, la libertad y los procesos electorales. En el económico se pueden observar la creciente integración del mercado mundial, la internacionalización del capital, la creación de mercados comunes, la división internacional del trabajo, etc. La universalización se observa también en la expansión de una cultura de masas generada por los medios masivos de comunicación, en la estandarización de hábitos de consumo, “modos de vida”, etc. Al comentar, con su ironía y agudeza habituales, sobre la influencia de los medios masivos de comunicación, Umberto Eco decía en una entrevista que su abuelita, quien nunca había salido de Italia, no hablaba el italiano y que la lengua nacional era un invento de la televisión de ese país. La idea de que vivimos ya en una “aldea global” expresa muy sintéticamente a qué me refiero.

Y los movimientos étnicos y nacionales, ¿por qué han cobrado tanta fuerza? ¿Por qué junto a lo universal surge en forma paralela la lucha por la diferenciación, por la separación, por la reivindicación de las diferencias de orden racial, étnicas, nacionales y religiosas? ¿Cuál puede ser la relación entre lo que nos distingue y particulariza y lo que nos une? ¿Cuál es la tensión o conflicto entre la diversidad y plasticidad cultural y la unicidad de la naturaleza humana? ¿Cómo fortalecer el orgullo étnico y su derecho a la diferencia sin apoyarse en rivalidad e intolerancia hacia los otros, de tal suerte que la universalidad no sea homogeneización?

Un axioma fundamental del que se debe partir es que un problema como el que ahora se discute es motivo de estudio de diferentes disciplinas y perspectivas. Ni siquiera circunscribiendo la problemática de los grupos étnicos y sus relaciones es pensable desde una sola perspectiva. Constituye, en sus propios términos, un “hecho social total”, como gustaba llamarlo Marcel Mauss. Tiene aspectos económicos, políticos, sociales, culturales, psicológicos y éticos. Tampoco es posible atribuirle una sola causa. Para darnos una idea somera de sus múltiples interrelaciones podríamos afirmar que, tanto para los grupos sociales como para los individuos, la identidad y los límites entre el “nosotros” y el “yo” se constituye en oposición a otros.

Para las teorías psicoanalíticas es fundamental la noción de un otro significativo para la constitución síquica de los sujetos: para la constitución del yo, para el establecimiento de relaciones objetales, para la constitución del “sí mismo” o para la imagen especular, el otro es central. Sin el otro no devenimos sujetos síquicos, seres humanos. Los trabajos sobre

\*Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.



hospitalismo de René Spitz (1987) o de Bruno Bettelheim (1990) sobre los niños autistas son contundentes al respecto. En el primer caso la falta de otros significativos, y en el segundo la mirada opaca de éstos —en esencia, de la madre— imposibilitan la constitución de los sujetos.

Para la antropología social todo grupo humano tiene alguna forma de diferenciación entre lo interior y lo exterior. Por elementales o complejos que sean sus logros materiales, o su estructura económica o social, siempre existirán formas de expresar diferencias en términos de otros, sea a partir de edad, sexo, rango o clase. Quizá resulte un poco temerario afirmar lo que sigue, pero creo que la evidencia etnográfica lo permite: entre menos existan las diferencias económicas y de clase, más necesidad tendrán los grupos de acentuar las diferencias sociales, reales y simbólicas. *Homo-hierarchicus*, nos llama Louis Dumont.

### **Características sociológicas de los grupos étnicos**

La identidad de grupos sociales alrededor de criterios culturales es sólo una de las formas posibles de agrupamiento en las sociedades humanas. Por ello creo primero conveniente referirme a otras clases de identidad grupal y a lo que todas ellas tienen en común. Después hablaré de la especificidad de los grupos étnicos.

Líneas arriba comentaba que la evidencia etnográfica permite sostener que no hay sociedades humanas igualitarias en el sentido de no contar con criterios o categorías sociales que permitan agrupar, distin-

guir y jerarquizar a los miembros que las constituyen. Es decir, todas las sociedades humanas conocidas reportan criterios distintos para crear categorías de personas. ¿Por qué la necesidad social de elaborar categorías sociales, de contar con criterios para la clasificación y el ordenamiento?

La creación de categorías que nos permiten ordenar y explicar el mundo en que vivimos se da a partir de las características que comparten los individuos y los grupos sociales. Gordon Allport, en su trabajo clásico *The nature of prejudice*, afirma que la construcción de categorías es quizá una de las facultades humanas más importantes. Estamos expuestos a tanta cantidad de estímulos, situaciones sociales y eventos, que sería imposible procesar cada uno en su especificidad; la mente humana tiende entonces a agruparlos, a crear categorías que le permitan distinguirlos. Otro atributo de todo proceso de categorización es el de operar con la mínima economía mental, es decir, como en todo proceso de condensación, se agrupa bajo una misma categoría la mayor cantidad posible de hechos. El ejemplo que ofrece es ilustrativo: para un empleador anglosajón de inmigrantes de origen mexicano es más fácil afirmar que "todos los mexicanos son flojos", que tomarse el trabajo de conocer a cada uno de ellos y entender su conducta. Este ejemplo demuestra además que las categorías sociales que empleamos en la vida diaria no necesariamente son un reflejo fiel, siquiera real, del mundo que nos rodea.

En un ensayo también clásico, Durkheim y Mauss, en su *Primitive Classification*, publicado en 1901, intentan por primera vez explicar el origen social de las categorías y sistemas clasificatorios empleados por los grupos humanos. Si bien en su intento con-

funden el contenido social de muchas categorías con la capacidad innata de la mente humana para construir las, logran demostrar la importancia central de las categorías y los sistemas clasificatorios para la vida en sociedad. Constituyen una suerte de mapas cognoscitivos que nos permiten entender el mundo, regular y normar nuestra conducta, guiar nuestra acción y asimilar y expresar nuestras capacidades afectivas.

De esta necesidad —tanto de los individuos como de los grupos humanos— de contar con sistemas de categorías y dado el hecho de que en su mayoría éstas constituyen representaciones colectivas, es decir compartidas por los miembros del grupo, se aduce que todas las sociedades y grupos humanos son en alguna medida etnocéntricos. Y lo son en el sentido de valorar su visión particular del mundo como la mejor, y de juzgar a otras según las normas de la propia.

Ahora bien, de los sistemas clasificatorios que emplean los grupos humanos, los que ahora me interesa destacar son aquellos que conforman categorías de personas. Los grupos étnicos son sólo una de las formas de agrupamiento de individuos. En su caso, el criterio que permite delimitar su composición es que sus miembros comparten un origen cultural común. Otras categorías de personas las constituyen las razas, el parentesco, las nacionalidades, las castas y las clases sociales. Creo que éstas son las más comunes entre los pueblos y las que reportan mayor valor sociológico.

Un primer problema en el análisis de las categorías de personas para las ciencias sociales es, por un lado, distinguir entre lo que serían simples agregados de personas por el hecho de compartir un atributo común —ser pelirrojos, altos, bajos, etc.— y, por el otro, las categorías sociales. La distinción reside en que los primeros no se identifican entre sí ni mantienen relaciones sociales significativas, mientras que los segundos tienen una clara conciencia de su identidad.

Otro problema sociológico importante en el análisis de categorías de personas es el de distinguir entre los sistemas clasificatorios creados por los sujetos mismos y los creados por el científico social. Ambos criterios pueden ser o no semejantes.

El análisis sociológico se complica aun más porque en muchos casos las categorías sociales no necesariamente se excluyen unas a otras. Los sujetos sociales pertenecen simultáneamente a diferentes categorías sociales: son miembros de un grupo de parentesco, de un barrio, ocupación, religión, etnia, nación, etc. No todas las adscripciones son igualmente relevantes para los sujetos y el análisis social, y ocurre que entre ellas pueden surgir conflictos de lealtades y oposición de intereses.

Las dificultades anteriores cobran mayor fuerza cuando hablamos de grupos étnicos en el contexto de sociedades complejas. Pero también en estas circunstancias puede cobrar mayor importancia el criterio de adscripción étnica. Una de las funciones principales de los grupos étnicos y de la utilidad de la adscripción étnica es que permite a los diversos grupos, culturalmente distintos, interactuar socialmente. En sociedades multiculturales, la identidad étnica permite marcar pautas y ordenar la interacción social; es decir, sirve como principio de organización. Otra de sus funciones más importantes en contextos sociales heterogéneos es que opera como una manera de simplificar o codificar y predecir el comportamiento de los otros en situaciones nuevas y cambiantes. Se constituye en una categoría social que permite la interacción entre grupos distintos.

Tal es el caso, muy bien documentado por la antropología británica, del contexto de la urbanización e industrialización de África. Uno de los interrogantes planteados por ella fue explicar la fuerza y emergencia del uso de categorías étnicas entre los migrantes urbanos y los obreros africanos procedentes de diferentes grupos étnicos, para regular sus interacciones cotidianas en las circunstancias urbanas, nuevas para ellos. La explicación de su importancia no radicaba en ser un resabio de su cultura tribal o una muestra de conservadurismo, sino en ser una forma particularmente útil para convertir el caos urbano y multiétnico en un espacio predecible.

El ejemplo anterior nos permite ilustrar muy bien dos concepciones erróneas sobre la vigencia de la etnicidad en sociedades modernas. Una primera es pensar que la etnicidad como categoría social es producto del aislamiento entre grupos humanos y que, consecuentemente, en la medida en que la interacción entre grupos culturalmente diferentes aumenta la importancia de la identidad cultural disminuya. La segunda es pensar que se trata de una reliquia anacrónica en un mundo cada vez más comunicado. Contraria a estas pre-nociones, la identidad étnica cobra fuerza en la medida en que la interacción entre grupos culturalmente diversos aumenta y en el grado en que lo hacen dentro de sistemas sociales complejos. Si consideramos que ambos hechos —la intercomunicación entre grupos sociales y la complejidad creciente de los diferentes sistemas sociales— son resultado o forman parte de las tendencias hacia la universalización, entonces tendremos que reconocer que la importancia contemporánea de lo étnico también es una de las manifestaciones de la universalización.

Justamente desde esta perspectiva, el antropólogo inglés Abner Cohen define a los grupos étnicos como:

Una colectividad de personas que:

- a) comparten algunos patrones de conducta normativa y
- b) forman parte de una población mayor, interactuando con personas procedentes de otras colectividades —es decir, de otros grupos étnicos— dentro del marco de un sistema social. El término de etnicidad se refiere al grado de conformidad —u observancia, podríamos decir— con las normas compartidas por los miembros de la colectividad en el curso de su interacción social (1974, pág. IX y X).

Lo que otorga a la etnicidad una importancia cada vez mayor es que ha demostrado ser una forma muy eficaz de construir un denso tejido de lazos normativos y afectivos expresados simbólicamente y que permite a sus miembros crear una identidad grupal. Pero quizá, aun más importante que lo anterior: les permite también expresar sus intereses políticos y económicos frente a otros grupos dentro de un mismo sistema social. Distinguirse entre diversos grupos, afirmar su identidad frente a otros y luchar por lo que consideran sus intereses políticos y económicos, es lo que hoy constituye a los grupos étnicos.

Dicho sintéticamente: la identidad étnica articula un conjunto importante de representaciones colectivas e intereses de grupo. Es decir, las comunidades conforman a la vez grupos políticos, propiedades que otros agrupamientos sociales no han podido conciliar tan eficazmente. Por ello Max Weber (1967), en un célebre escrito, hacía la distinción entre clases sociales, grupos de estatus y partidos. Las etnias en el contexto actual de las sociedades complejas parecen combinar e integrar las propiedades de estos tres tipos de grupos sociales distinguidos por Weber. Esto nos remite al último punto que quiero tocar aquí: la vitalidad y fuerza de los grupos étnicos, en el contexto de las sociedades complejas.

### **Emergencia actual de los movimientos étnicos**

Bajo una perspectiva diacrónica podríamos pensar que los criterios de afiliación política empleados por los grupos sociales en las sociedades occidentales han variado con el tiempo. La ideología nacionalista fue sin duda la más importante del siglo XIX, más tarde, la de clase social, y ahora parecería que cobra mayor vigor la conformación de grupos políticos cohesionados por una identidad étnica. Curiosa paradoja: en la medida en que las unidades sociales se vuelven más inclusivas —mercados comunes—, los

grupos sociales tienden a expresarse y organizarse alrededor de unidades de identificación más pequeñas pero también más cohesionadas. Parecería que cobrarán mayor fuerza las identidades grupales donde el origen histórico y cultural constituye el elemento distintivo.

Daniel Bell, en su libro *El advenimiento de la sociedad posindustrial* (1976), señala dos tendencias importantes a considerar en la actualidad: la primera se refiere al hecho de que casi todos los conflictos sociales de mayores consecuencias tienen que ver con enfrentamientos entre grupos, expresados en términos étnicos; y la segunda, que la cuestión obrera había perdido fuerza en las sociedades industriales, por tratarse de movimientos “encapsulados” y por existir una compleja serie de mecanismos que han “institucionalizado” los conflictos expresados en términos de clases sociales. Dice el autor: “El hecho crucial es que la ‘cuestión laboral’, en cuanto tal, no es ya central, ni tiene la fuerza sociológica y cultural suficiente para polarizar todas las demás cuestiones en torno a su eje” (pág. 195).

En un trabajo más reciente (1981), el mismo autor identifica un conjunto de posibles causas estructurales para explicar la importancia política de los grupos étnicos. Entre otras, menciona las siguientes: la tendencia a la creación de identidades sociales cada vez más inclusivas; el cambio en el ámbito de toma de decisiones del mercado en el Estado y otras entidades políticas; la reafirmación de la igualdad como un valor importante; y lo que llama el crecimiento del “proletariado externo”. Con este concepto, el autor se refiere a que con la internacionalización de la economía y los cambios en la estructura productiva en los países más industrializados, la importancia de la fuerza de trabajo de origen extranjero es cada vez mayor. Ofrece las siguientes cifras de obreros inmigrantes en las economías europeas: 10% de la fuerza laboral en Alemania, 9.7% en Francia, 7% en Bélgica y 25% en Suiza. En total, nueve millones de trabajadores extranjeros en Europa occidental.

Si a este contundente hecho demográfico y económico agregamos el debilitamiento de las ideologías y organizaciones sindicales y políticas del proletariado europeo, en una coyuntura de relativo estancamiento de sus economías, podemos explicar la emergencia de identidades y conflictos con base en criterios étnicos y nacionales y no de clase. En muchas ocasiones los mismos países huéspedes fomentan la emergencia de la identidad étnica y nacional de sus inmigrantes al mantenerlos social y físicamente separados del resto de la población, obstaculizando su aprendizaje del idioma de ese país o su participación en organizaciones políticas. Este conjunto de disposiciones sólo consigue fomentar y darle importancia

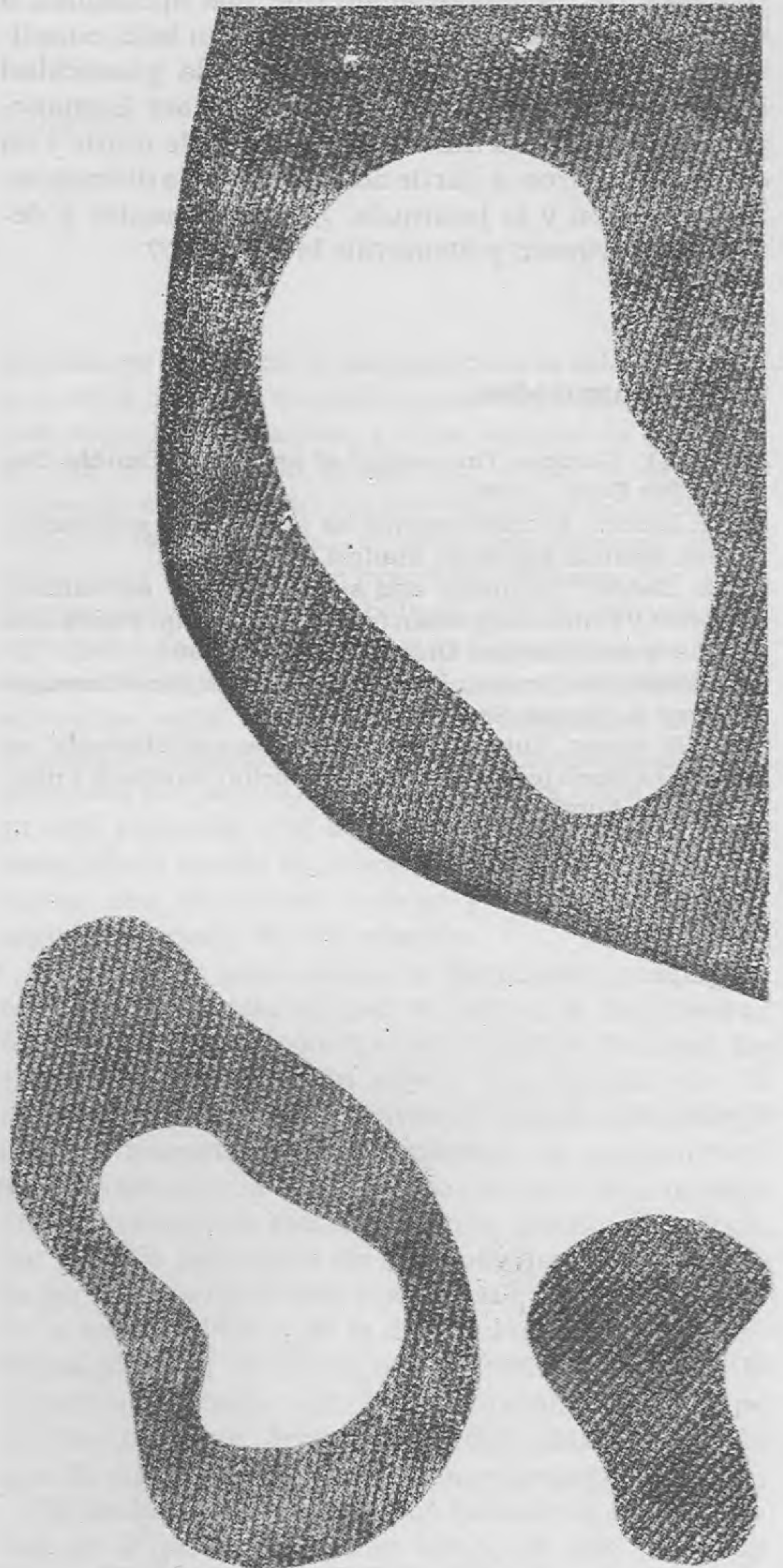
a criterios de identidad étnica y nacional. Para un argelino en Francia o un turco en Alemania, la conciencia de su identidad nacional nunca antes había cobrado tanta significancia.

Por otra parte, los cambios recientes en Europa Central han convertido a esa región en una especie de laboratorio de la humanidad, en el sentido de que sus procesos de transformación representan una posibilidad y esperanza de creaciones sociales inéditas. Por lo que respecta al problema de las etnias y nacionalidades, su emergencia y vigor sólo demuestran que bajo los regímenes socialistas dejaron de expresarse como ahora lo hacen, pero no por tratarse de un fenómeno social nuevo, sino por la imposibilidad de hacerlo en condiciones políticas tan adversas y en un clima represivo. Vaclav Havel, presidente de Checoslovaquia comentó ante el Senado de Polonia: "Las disputas, rivalidades y animadversiones se ocultaron por la realidad común del totalitarismo" (*El Nacional*, 6 de abril de 1990). Ahora desmantelado el campo socialista, se expresan con mucho vigor las diferencias étnicas intra e internacionales. La complejidad del fenómeno en esos países es enorme. Basta leer el intercambio epistolar entre Czeslaw Milosz y Tamas Venclova (*Vuelta*, número 167, octubre de 1990) para darnos un idea del problema. Se trata de dos escritores nacidos, el primero en Wilno, y el segundo en Vilnius. No dos regiones apartadas, sino de la misma ciudad Vilnius, la capital de... no estoy muy seguro si de la República socialista soviética de Lituania o de la República de Lituania a secas. Milosz nació en la parte polaca de la ciudad y Venclova en la lituana. La complejidad del problema no termina ahí, habría que agregar que se trata de una ciudad con profundas influencias judías y rusas. Quizá por ello no deba sorprendernos que junto a las reivindicaciones nacionalistas lituanas ante Moscú, se expresen iguales demandas de los polacos frente a los lituanos. El caso es hermoso porque permite percibir los finos matices y las sutilezas derivados de las distintas percepción y pertenencia el goce de la misma ciudad bajo miradas "étnicas" diferentes.

Por supuesto, los países y regiones europeos no agotan el problema étnico. En la República Socialista de China se reconocen 55 —algunas mal llamadas— "minorías étnicas" y digo mal llamadas porque no son minoría ni etnias: son naciones. Me refiero, por supuesto, al caso del Tíbet, y posiblemente haya otros. En México, por ejemplo, la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios habla de 56 etnias en nuestro territorio.

Lo que me importa destacar es que en todas las latitudes observamos la emergencia de la etnicidad como criterio de filiación y lucha política. Las condiciones para el surgimiento son distintas en diferen-

tes contextos, pero parece existir una constante: en las sociedades complejas, los grupos étnicos han sido capaces de articular la cohesión de grupo alrededor de intereses objetivos e importantes, como la lucha por el poder político y económico, y ofrecer un conjunto de representaciones colectivas que, expresadas simbólicamente, constituyen el vínculo subjetivo que les da identidad y fuerza.



## Conclusiones

Ninguna especie del reino animal presenta tal nivel de diversidad en su interior como el *Homo-sapiens*. Este criterio biológico para respetar la diversidad humana no es suficiente, pero tiene su importancia. La diversidad es una cualidad esencialmente humana y la plasticidad cultural una de sus expresiones más importantes.

La gran paradoja de los grupos étnicos frente a los procesos de universalización que nos aproximan a una "aldea global" radica en que, por un lado, constituyen una expresión importante de la plasticidad humana, de las diferentes formas del ser humano, pero por el otro, su afirmación se hace de frente y en oposición a otros, a partir del énfasis en la diferencia, la separación y la jerarquía. ¿Cómo fomentar y defender lo primero y disminuir lo segundo?

## Obras comentadas

- ALLPORT, Gordon, *The nature of prejudice*, Double Day Anchor Book, 1958.
- BELL, Daniel, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- BELL, Daniel, "Ethnicity and social Change" en Nathan, Glazer y Daniel Moynihan (comp.), *Ethnicity, theory and experience*, Harvard University Press, 1981.
- BETTELHEIM, Bruno, *Freud's Vienna & other essays*, Alfred A. Knopf, New York, 1990.
- COHEN, Abner, "Introduction: The lesson of Ethnicity" en Abner Cohen (comp.), *Urban Ethnicity*, Tavotock Publications, London, 1974.

Mientras las sociedades modernas no sean capaces de crear estructuras de participación política sin distinciones, mientras la identidad étnica siga constituyendo un importante criterio de adscripción política en la lucha por recursos políticos, económicos y culturales, mientras la situación que engendra la etnicidad no cambie, este acento en lo distinto persistirá. Y como hemos visto, las condiciones que le dan origen son múltiples y aluden a la naturaleza tanto de los sistemas sociales como de los individuos.

Los sistemas democráticos han demostrado mal que bien su capacidad de tolerar las diferencias ideológicas y políticas; ¿podrán hacer lo mismo con las diferencias culturales? ¿Podremos los sujetos sociales abandonar lo que Freud llamaba, en *El malestar en la cultura*, "el narcisismo de las pequeñas diferencias"?

- DUMONT, Louis, *Homo hierarchicus*, Aguilar, España, 1970.
- DURKHEIM, Emile y Marcel Mauss, *Primitive classification*, The University of Chicago Press, 1963.
- FREUD, Sigmund, *El malestar en la cultura* (1930), *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu editores, 1988.
- SPITZ, René, *El primer año de vida del niño*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- WEBER, Max, "Class, status, party" en H. Gereth y Wright Mills (comp.), *From Max Weber: essays in sociology*, Routledge & Kegan Paul, London, 1967.